

Historia de los Chachapoyas.

Algunos rasgos preincaicos.

Según las pinturas Yamón, en la provincia de Utcubamba, departamento de Amazonas, la ocupación del territorio podría retrotraerse 4.000 años, aunque no existen todavía estudios arqueológicos que lo verifiquen.

En la provincia de Luya se han encontrado restos del periodo Intermedio Temprano (del s. IV a. Jc a s. V d. Jc) denominada como fase Cancharín. Durante el Horizonte Medio (fase Pumahuanchina para esta región, del s. V al X), hay influencia y conexión con las culturas circundantes. Del s. X al XV se denomina periodo Kuélap y es cuando se dan los elementos más comunes a lo que conocemos como chachas y luya.

Walter Espinoza escribió un artículo ya clásico en el 1967. En él introdujo importantes notas tomadas de manuscritos antiguos del siglo XVI que tuvieron como raíz las pugnas por el dominio de las tierras de los chachapoyas que varios pretendientes a Curacas llevaron como pleito hasta la Real Audiencia de Lima. Para instruir el proceso se tomó declaración sobre los orígenes del derecho a los curacazgos que se remontan a la época preincaica, constituyendo unos documentos bien contrastados ya que prestaron declaración más de doscientos indios, muchos de los cuales tenían edad suficiente como para haber vivido la conquista inca en territorio chachapoyas.

Al parecer, el territorio de los chachapoyas lindaba al oeste con el río Marañón (Jatunmayo, en el lenguaje de la época) si bien también se dice que el río Utcubamba los separaba por el oeste con los pueblos de los Luya y los Chillao. No tenemos una idea clara de hasta dónde podía alcanzar la franja de tierra hacia el sur de los chachapoyas en relación con estos. Según el trabajo de Elmer Torrejón Pizarro, *"El mundo religioso de los Luya y Chillao"*, la ciudadela de Kuélap resultó ser *un centro de culto y defensa de los antiguos Luya y Chillaos* (Torrejón 49). ¿Quiere decir esto que el territorio de los Luya y Chillao se extendía hasta casi Leymebamba?. No lo podemos saber con certeza, pero sí parece que cuando menos, al sur de Leymebamba, el territorio de Chachapoyas seguía

extendiéndose hasta las inmediaciones de Huancaspata, aunque otros autores señalan que el territorio de los Luya y Chillao se extendía hasta el río Abiseo, incluyendo el Gran Pajatén.

Más claros aparecen los linderos por el norte, con los Pacla y los Pomacocha. Al noroeste, estaban los grupos de los Sesuya y los Rongia. Según el mapa confeccionado por Espinoza, estos ocuparían una franja que de alguna forma partirían el territorio de los Luya y Chillao, ya que se extiende en una territorio desde el Utcubamba hasta el Marañón. Pero también podría deberse a que fue una ocupación y distinción de territorios más tardía y cercana a la época incaica.

Hacia el noreste se encontraban los Cascazunga y por el Este los Charasmal o Chasmal y los Jashallo. Por el sureste, encontraríamos los grupos de los Cheduas, los Alones, los Choltos, los Chilchos y los Quisupay.

El curacazgo de los chicho y laya parece haber controlado un área que incluía la Laguna de los Cóndores al sur, siguiendo la Cordillera Yasgolga, al oeste con una frontera norteña tentativa en ríoTingo/Cerro Tolén y que continuaba hacia el noreste hasta el río Mashuyacu, un tributario del Río Huayabamba, un área mucho más grande que el actual anexo de Los Chilchos. Los chilcho controlaban el acceso a varias entradas naturales que conectaban los Andes con las tierras bajas de la Amazonía, unas zonas sumamente importantes para la comunicación y el transporte de los productos de los Andes y de la selva.

Jamás constituyeron un pueblo unido por una sola autoridad. Cada ayllu era dueño y señor de sus *llactas* (ciudades) y sus *marcas* (tierra). Pero esto no implica que fueran un grupo desordenado, sino que fueron capaces de organizarse y vivir en paz los unos con los otros. Al parecer, las mujeres jugaron un papel importante en las alianzas entre unos ayllus y otros al ser ofrecidas como esposas a los curacas de otros pueblos cercanos.

En tiempos de paz, cada ayllu estaba gobernado por un curaca y un Consejo de Ancianos. En épocas de guerra, el Consejo elegía un capitán a quien todos obedecían. En los de guerra establecían alianzas con otros ayllus vecinos que duraban hasta que desaparecía la amenaza o el conflicto. Es más que posible que los aumentos de población les incitasen a

expandir sus territorios, pero probablemente su hábitat fue tan extenso que no hubo grandes problemas entre ellos. De haber sido así, deduce Espinoza (ESPINOZA, 234), alguno de los grupos se hubiera terminado convirtiendo en un verdadero estado expansivo con un ejército capaz de someter a los demás, lo cual no ocurrió.

Cada ayllu debió contar con una *llacta* principal y varias aldeas de menor tamaño. El nombre de la *marca* debió coincidir con el del ayllu. Cada uno de estos tuvo un dios de carácter familiar y particular. Su autonomía era, por tanto, social, económica y también religiosa. Sin embargo, no hubo clero ni templos. Solamente los chamanes eran los que tenían en sus manos la religión. El dios principal compartido por todos los ayllus era Curichaculla (un lago). Sin embargo, a pesar de compartir una misma deidad, esta no posee un templo propio, debido a que no hubo un estado de unidad política que lo realizara.

La característica de la edificación en lugares altos da la sensación de llactas de marcado carácter defensivo (aunque también tendría que ver la ubicación con el hecho de las abundantes y frecuentes lluvias en la región, lo que les haría buscar lugares que no pudiesen quedar anegados dando al traste con el acopio de alimentos). Sin embargo, es más que posible que tales defensas no estuviesen pensadas para protegerse de los ayllus cercanos, sino más bien en principio, de los ataques de jaguares, osos y otros animales que ponían en peligro la vida de sus habitantes. No obstante, ciudadelas como Kuélap parecen apuntar a otros peligros más definidos. Al parecer, uno de estos grandes peligros eran los Rongia y los Jumbilla. Según Espinoza (ESPINOZA, 235) esta fue la razón para lo desproporcionado de la ciudadela de Kuélap. Según los estudios de Carbono 14 realizados por Alfredo Narváez, Kuélap se debió empezar a construir en los primeros siglos después de Cristo. ¿Querría eso decir que los Rongia y los Jumbilla estaban constituyendo una amenaza desde entonces?. ¿Cómo podría ser que los Luya y Chillao hubiesen comenzado a construir Kuélap teniendo dividido su territorio por los Rongia?. No parece nada claro que los Rongia estuviesen ahí desde una época demasiado temprana por lo que su construcción bien podría deberse a otras causas.

Un elemento que llama la atención es la ausencia de pozos y canales de conducción de agua para las ciudades enclavadas en lugares tan altos. Gonzalo Fernández de Oviedo y Antonio de Herrera contaron que los habitantes de estas llactas bajaban hasta una

profundidad de 1000 estados a proveerse de agua en cántaros que almacenaban hasta dos arrobas, ascendiendo después por cuestas *"tan derechas como una pared, que es como de peña viva"* en las cuales tenían *"hechos agujeros donde ponen los dedos de las manos y de los pies, con que suben y bajan: cosa que si no es viéndolo no se puede creer"*. En realidad, estas apreciaciones corresponden a la provincia de Nasaya, pero Espinoza cree que lo mismo pueden servir para los territorios ocupados por los Chachapoyas.

La conquista de Túpac Yupanqui.

Gracias a las Crónicas y a los documentos mencionados antes, podemos tener un conocimiento de lo que fue este pueblo, a pesar de lo poco que tenemos anterior a la sumisión al incario amén de los vestigios arqueológicos con los que nos vamos encontrando. En cuanto a las crónicas, lógicamente ya están atravesadas por lo que encontraron. Unas veces se perfilan como defensores a ultranza de los chachapoyas, aliados de los españoles, mientras que otras buscan ofrecernos su gran ferocidad y su falta de civilización.

La conquista del territorio Chachapoyas fue iniciado por el inca Túpac Yupanqui. El camino por el que se accedía a este vasto territorio debía partir del actual Trujillo hasta Cajamarca, luego Celendín y desde allí a la cuenca del río Utcubamba, entrando por Balsas y subiendo después al que hoy conocemos como río Pomacochas. Así nos lo narra Pedro Cieza: *"Antes de llegar a esta provincia de Caxamalca sale un camino que también fue mandado hacer por los reyes ingas, por el cual se iba a las provincias de los chachapoyas"* (Crónica del Perú LXXVIII).

Lo que nos cuentan las crónicas es que los chachapoyas fueron conquistados por el incario no sin antes ofrecer una fuerte resistencia que obligó a huir al temible ejército inca: *"Tengo entendido y sabido por muy cierto que antes que los españoles ganasen ni entrasen en este reino del Perú, los ingas, señores naturales que fueron dél, tuvieron grandes guerras y conquistas; y los indios chachapoyanos fueron por ellos conquistados, aunque primero, por defender su libertad y vivir con tranquilidad y sosiego, pelearon de tal manera que se dice poder tanto que el Inga huyó feamente"* (Pedro Cieza. Crónica del Perú, LXXVIII). Incluso el Inca Túpac Yupanqui acudió en persona para dominar sus revueltas y guerras (Pedro Cieza, El señorío de los Incas, LVI). Sin embargo, dada la supremacía inca,

finalmente fueron sometidos e incorporados al Tahuantinsuyo: *"Mas como la potencia de los ingas fuese tanta y los chachapoyas tuviesen pocos favores, hubieron de quedar por siervos del que quería ser de todos monarca"* (Pedro Cieza. Crónica del Perú, LXXVIII; Antonio de Ulloa. Viaje a la India Meridional, 80).

Así fue como Túpac Yupanqui llegó hasta la ciudad de Levanto, donde gobernaba Guayamil. Este tenía dos hijas gemelas, Corihuita y Cusicoyllur, que no se diferenciaban en nada sino por un pequeño lunar negro que tenía Cusicoyllur en el rostro. Cuando Túpac Yupanqui vio desfilar ante él a Corihuita, se sintió deslumbrado, la cogió de la mano y la hizo sentarse a su lado pidiéndola en matrimonio. Hasta tal punto se cegó, que su hermana Cusicoyllur pasó inadvertida. Pero Corihuita estaba enamorada de uno de los capitanes de los chachapoyas, Huamán, por lo que intentó liberarse de la presión del Inca pidiéndole algo que parecía imposible. Sólo accedería a ser su esposa si en ocho días Túpac Yupanqui conseguía llevar agua desde la quebrada de Ashpachaca a la plaza de Levanto a través de conductos. Al día siguiente, el Inca puso a trabajar a cuarenta mil hombres para conseguir lo que ella pedía. A los cinco días los conductos estaban prácticamente terminados y Corihuita veía que no tendría escapatoria y terminaría como esposa del Inca que ya había mandado cuatro chasquis al Cuzco para que empezasen con los preparativos de la boda. Huamán estaba ya decidido a parapetarse en Kuélap con cinco mil hombres hasta que por cansancio Túpac Yupanqui regresara al Cuzco en soledad. Pero no hizo falta. Cusicoyllur, que se había enamorado del emperador, se ofreció para ocupar el puesto de su hermana engañando al Inca dado su gran parecido. Cuando llegó el agua hasta la plaza, este se dirigió a la casa de Guayamil para mostrar a su amada su logro. Pero en su lugar apareció su hermana y Túpac Yupanqui no se dio cuenta. Sin embargo, al día siguiente, el servicio de inteligencia del Inca detectó la huida de Corihuita con Huamán. Indignado Túpac Yupanqui ordenó a sus generales la pena de muerte para los fugitivos, la destrucción del canal de Ashpachaca y conducir al Cuzco a toda la nobleza en calidad de yanacones. En el momento en que los generales salían a ejecutar la sentencia, como el hada que sale del bosque apareció en la plaza la hermosísima Cusicoyllur en busca del soberano de su corazón. El Inca al verla envuelta en los resplandores que despedían sus joyas, exclamó: *ies ella!* y *ime ama!*, salió a su encuentro y junto a la fuente se confundieron en un amoroso abrazo. Horas más tarde Cusicoyllur en litera de oro y en hombros de los soldados, salía para el Cuzco.

Túpac Yupanqui estableció dos partes en el territorio, llamadas *hunocuna*. Estableció así el *huno* de Leymebamba y Cochabamba y puso al frente a un curaca, Apo Chuillaxa, que tenía un vasto territorio que comprendía esa zona y cuyo ayllu llegaba desde Llama a Pausamarca. El otro *huno* comprendía Cuntunmarca y Collay. Al frente de este puso a Chuquiapiundo, que anteriormente era el curaca de Cuntunmarca. El territorio quedaba por tanto simplificado y dividido en dos. Y para controlar la actividad de los nuevos curacas de tanto territorio, puso un *tutricut* (*gobernador*) para que controlara la fidelidad al incario.

A su vez, estos *hunocuna* se dividían en *huaranca* y *pachanca* al frente de jefes locales que hacían posible un mejor manejo de la administración del nuevo territorio anexionado a la provincia Chinchaysuyo. Como centro administrativo y político, se ubicó la ciudad de Cochabamba, a medio camino entre Leymebamba y Balsas

Una vez conquistados, muchos fueron deportados al Cuzco, al lugar llamado Carmenga, donde se les ofrecieron tierras de labor y casas para que pudieran residir: *"Y así, después que tuvieron sobre sí el mando real del Inga fueron muchos al Cuzco por su mandado, adonde les dio tierras para labrar y lugares para casas no muy lejos de un collado que está pegado a la ciudad, llamado Carmenga"* (Pedro Cieza. Crónica del Perú, LXXVIII). *"Después que fueron sujetos por los ingas, tomaron dellos leyes y costumbres, con que vivían, y adoraban al sol y a otros dioses, como los demás; y así, debían hablar con el demonio y enterrar sus difuntos, como ellos, y los imitaban en otras costumbres"* (Pedro Cieza. Crónica del Perú, LXXVIII).

Túpac Yupanqui, como en muchas otras zonas conquistadas, dejó tambos y chasquis. Así mismo construyó templos y palacios en Cochabamba, su capital administrativa en la zona. Y en Levanto mandó construir otro palacio.

El reinado de Huayno Capac.

Cuando murió Túpac Yupanqui, le sucedió Huayno Capac. Este mantuvo en el cargo a Apo Chuillaxa como *hunocuraca* de Leymebamba y Cochabamba. A su muerte, le sucedió Guayna Chuillaxa I, aproximadamente en el año 1490. La sucesión no fue por privilegio concedido por el Inca, sino por el derecho a sucesión. Durante su mandato, entre sus

yanaconas (ayudantes) tenía uno llamado *Guamán* que fue elegido como *zaracamayoc* (autoridad que ejerce un cargo).

Años más tarde, aún en tiempos de *Huayno Capac*, los *Chachapoyas* volvieron a levantarse contra el incario dando mucha guerra al intento de sometimiento inca, haciendo por al menos dos veces retirar a la fuga los soldados del imperio (Pedro Cieza, *El señorío de los Incas*, LXIII; Antonio de Ulloa. *Viaje a la India Meridional*, 90) hasta que los aplastó, sometiendo nuevamente a los *chachapoyas*. Muchos de ellos volvieron a ser deportados al *Cuzco*, pero sin embargo, debido a lo inestable de la frontera del imperio inca en las serranías colindantes a la zona de los *chachapoyas*, muchos de ellos entraron a formar parte del ejército para proveer de paz y estabilidad el difícil equilibrio con los enemigos del inca: *"Y porque del todo no estaban pacíficas las provincias de la serranía confinantes a los chachapoyas, los ingas mandaron con ellos y con algunos orejones del Cuzco hacer frontera y guarnición, para tenerlo por seguro. Y por esta causa tenían gran proveimiento de armas de todas las que ellos usan, para estar apercebidos a lo que sucediese"* (Pedro Cieza. *Crónica del Perú*, LXXVIII).

Fruto de esta rebelión el Inca destituyó a *Guayna Chuillaxa I* y puso en su lugar a *Chuquimis*, uno de sus *yanas*. Que su subordinado subiera a un cargo superior a él, hizo que *Guayna Chuillaxa I* enfermase y le llevó a muchos enfrentamientos con él incluso en la vía pública, donde tuvieron varios encontronazos. Esta situación parece que le afectó al corazón de tal forma que murió poco después en la ciudad de *Leymebamba*. Algunos cuentan que en realidad, murió envenenado por *Apo Chuquimis* en una fiesta en la que aparentemente celebraban su reconciliación.

Para dar mayor realce a su nuevo *hunocuraca Chuquimis*, el inca le impuso el honorífico nombre *Apo* al poco de terminar la campaña en la que se impuso nuevamente a los *Chachapoyas* sublevados. En una de las batallas, *Huayno Capac* fue herido en un pie. De la herida manó mucha sangre y *Chuquimis*, fiel al Inca, se tiró al suelo y sorbió la sangre de su señor. Esto le valió la especial simpatía del Inca y de ahí que después le ascendiera tras la caída de *Guayna Chuillaxa I*.

La muerte de Huayno Capac.

Apo Chuquimis debió fallecer al poco del deceso de Huayno Capac, en 1526. Tras la muerte de Guayna Chuillaxa I, un sobrino de este llamado Guayna Tomallaxa, quiso llegar hasta Huayno Capac para denunciar el asesinato de su tío a manos de Apo Chuquimis. Pero en el camino, se enteró de que Huayno Capac había muerto en Tumipampa y sus restos eran conducidos a Cajamarca. Así que se dirigió hacia allí y presentó la denuncia ante Colla Tópac, hermano del Inca finado y "mayordomo del sol" que asumía el gobierno hasta que los herederos del Inca fallecido asumieran el cargo. Al correr la noticia de que Apo Chuquimis había asesinado no sólo a Guayna Chuillaxa I sino al parecer al mismo Inca Huayno Capac, se apartó del cortejo fúnebre que debía conducir los restos del inca momificados hasta el Cuzco y se dirigió hacia Cochabamba. Al parecer, al enterarse de la inminente llegada de Colla Tópac y de su deseo de darle muerte a él y a toda su familia, falleció fruto de la impresión. Las pesquisas de Colla Tópac, desvelaron que Apo Chuquimis había enviado a Quito a varios indígenas bajo su mando portando hierbas y brebajes venenosos que dieron de beber al Inca como presente enviado por Apo Chuquimis. Así mandó Colla Tópac exhumar el cadáver del traidor que había sido colocado en un mausoleo, y enterrarlo bajo tierra como a cualquier hombre vulgar, arrebatándolo de todos sus privilegios y honores. En su lugar, Colla Tópac colocó a Tomallaxa como hunocuraca de Leymebamba y Cochabamba. Al poco fue ratificado por el capitán Auqui Yalli, uno de los que iban con el ejército imperial a la conquista de Pomacochas. El Apo Tomallaxa gobernó durante tres o cuatro años, hasta que murió alrededor de 1530.

La sublevación en tiempos de Huáscar.

A la muerte de Apo Tomallaxa, sus hijos no heredaron su curacazgo, y toda la población pasó a depender, de nuevo de sus pachacas y huaranca. Algunos de ellos, volvieron a levantarse contra el inca. Justo al subir al trono Huáscar, el curaca principal de Pumacocha volvió a rebelarse, por lo que el inca decidió enviar a Chuquis Huamán y a su hermano Tito Atauchi para que se pusieran a las órdenes del gobernador de los chachapoyas, Unto. Juntaron en el Cuzco dos ejércitos formados por los más feroces y atrevidos guerreros de los incas y de otros pueblos, y salieron sin demasiada prisa hasta llegar a Cochabamba. Allí Chuquis Huamán nombró hunocuraca a Puilwana porque necesitaba aprovisionamiento de armas y de víveres.

Desde Cochabamba Chuquis Huamán se dirigió a Levanto apaciguando la tierra de los Chachapoyas según pasaba.

El curaca sublevado, llamado Pantoja, se refugió en la fortaleza de Pumallacta, en el ayllu de Pumacocha y allí hizo frente a los envites del ejército inca hasta que comprendió que si la fuerza no le haría rendirse, sí podría hacerlo el hambre y la sed provocadas por el asedio. Pensó entonces una estratagema por la cual hizo creer a Chuquis Huaman y a Tito Atauchi que estaba dispuesto a entregar la fortaleza y aceptar al inca como rey suyo si le respetaban su vida y la de los suyos. Los capitanes incas se alegraron del envío de los mensajeros con estas nuevas, y decidieron conceder al curaca lo solicitado. Entonces este les invitó a una fiesta por todo lo alto para mostrar su disposición a someterse al incario. Chuquis y Tito se veían ya volviendo al Cuzco rodeados de victoria y dispusieron que sería Chuquis Huaman quien entrase en la fortaleza acompañado por tres mil guerreros. Al llegar a la puerta de la fortaleza, el señor de Pumacocha salió a su encuentro y le ofreció ricos regalos y prometió obediencia a Huáscar. Comenzó un impresionante banquete de celebración y en un momento dado, el curaca invitó al capitán inca a adentrarse con sus hombres en la fortaleza. Allí continuó la fiesta durante medio día hasta que como dice Fray Martín *"los humos de la chicha se fueron subiendo por las chimeneas"*. Entonces los chachapoyas cayeron sobre los soldados incas e hicieron una matanza de dos mil de los acompañantes de Chuquis Huaman, bañándose en su sangre y untándose con ella el rostro.

Los mil indios que lograron escapar, dieron cuenta a Tito Atauchi que no supo si acudir a la fortaleza o huir, optando por esto último, desmantelando el campamento y retirándose sin orden ni concierto. Se retiraron hasta el Avanto (Levanto), donde se fortificaron. Mientras, los chachapoyas tomaron las cabezas de Chuquis Huamán y la de los otros capitanes y las colocaron como trofeos en las puertas de sus casas (Fray Martín de Murúa, Historia General del Perú, XLIV).

Tito Atauchi envió mensajeros al Cuzco a notificar a Huáscar la muerte de su hermano y dónde y cómo se había producido el desastre. Huáscar se dolió enormemente de la muerte de Chuquis y pensó ir él mismo en persona a someter al curaca de Pumacocha. Pero el sacerdote Inca Roca y otros capitanes se lo desaconsejaron temiendo también por su vida. Se diseñó entonces, en el mismo Cuzco, la estrategia a seguir para reducir a los

chachapoyas. Grupos de indios de tierras ásperas, acostumbrados a moverse con rapidez por zonas escarpadas, entrarían en la ciudadela por la parte más montañosa y más difícil. Llegaron hasta Avanto donde se juntaron con lo que quedaba del ejército de Tito Ataucchi y juntos se dirigieron a la fortaleza. Quemaron y destruyeron toda la tierra de alrededor y durante un mes estuvieron dando batalla a los sitiados. Al final entraron en la ciudadela con soldados tomebambas, quihuares, huaros y chuapicos. Capturaron un gran número de chachapoyas y se decidió que los que habían participado en la muerte de Chuquis Huaman fueran hechos pedazos y sus tierras assoladas. Al curaca de Pumacochas lo troceó en cuartos y los puso en los caminos de su misma tierra para atemorizar así a toda la población. Con los hijos del curaca, volvería victorioso al Cuzco. Aquella fue la primera gran victoria de Huáscar como Inca. Al poco comenzaron los problemas con su hermano Atahualpa (Fray Martín de Murúa, *Historia General del Perú*, XLV) y estalló la guerra civil en el incario.

La guerra entre Huáscar y Atahualpa.

Huáscar mandó llamar a Puiluana al Cuzco, posiblemente con la intención de que tomase partido por su causa. Puiluana se encaminó, pues, a la capital imperial y llevó consigo a sus dos hijos y a los hijos de otros curacas influyentes de la región, como a Guayna Chuillaxa II, hijo de Guayna Chuillaxa I, curaca del ayllu de Chibul; también llevó a Chuquisguamán, hijo de Chuquimis y que había sobrevivido en el Cuzco al juicio de Dios al que le habían sometido y al no ser devorado por las fieras mostró su inocencia en el acto de la muerte de Huayno Capac; llevó también a un hijo de Tomallaxa y a otro de Chuquimis Lonquín, así como al hijo del curaca de Zuta, del pueblo de La Jalca. Puiluana tomó el camino de Leymebamba-Cajamarquilla-Tayabamba, y cerca de Cajamarquilla se le escapó el joven Chillaxa, que regresó a Cochabamba y se auto tituló curaca de Llama, Chibul y Ampui. Dado que Puiluana proseguía su viaje al Cuzco y que él era heredero de Guayna Chuillaxa I, Chillaxa no tuvo dificultades para gobernar en ese ayllu.

Puiluana llegó finalmente al Cuzco, pero al poco murió allí mismo. Cuando Atahualpa reconquistó la ciudad, también sus dos hijos murieron por causa de la fidelidad de su padre a Huáscar.

Durante este tiempo, los chachapoyas también se vieron implicados en la guerra civil inca entre Atahualpa y Huáscar, luchando del lado de este último, como nos lo refleja Pedro Cieza en su Descubrimiento y Conquista del Perú (XXXIX): *"A todo esto, Guancañque, con los otros capitanes habían andado hasta que llegaron al valle de Xauxa, a donde hallaron mandado de Guascar, para que tornasen a dar batalla a Atabalipa, y estaban juntos muchos de los huancas, de los yaayos, chancas, yuncas, chachapoyas, guancachupachos con otras naciones, porque como a cosa hecha y que convenía poner remedio, se juntó potente ejército de gente, todos con sus armas; deseando que la fortuna les fuese más favorable que hasta allí, para castigar a Atabalipa y a los que le seguían"*. Presentaron batalla en Jauja y al final perdieron la batalla contra el inca Huáscar.

También participaron en otro importante combate en el que bajo las órdenes de Huanca Auqui libraron contra las fuerzas de Quisquis entre Huancapampa y Cajamarca, donde de diez mil chachapoyas que participaron sólo quedaron vivos apenas unos tres mil lo que les hizo retirarse y volver a sus tierras (Fray Martín de Murúa, Historia General del Perú, LII). Los chachas que lograron huir volvieron a sus ayllus y parece que muchos se escondieron en el territorio de los Chilchos. Por su parte, Huanca Auqui siguió huyendo hasta el Cuzco y fue seguido por Quisquis. Quisquis llegó hasta el Cuzco y se apoderó de Huáscar intentando que renunciase al trono. Para hacerse más temibles, Quisquis y Chalco Chima decidieron matar a todos los chachapoyas que habían participado en la guerra del lado de Huáscar. Y así se hizo de manera cruel: *"porque unos fueron asaltados con tiraderas y varas tostadas; otros, muertos a macanazos; otros, abiertos por medio; otros, empalados con éstos, y otros mil géneros de muertes desesperadas"* (Fray Martín de Murúa, Historia General del Perú, LVI).

La conquista de los chachapoyas por Atahualpa.

Mientras tanto, Atahualpa llegó a la ciudad de Cajamarca, donde no pensaba quedarse mucho tiempo. Sin embargo, oyó que los chachapoyas se habían sublevado a favor de Huáscar y que estaban muy airados tras conocer la muerte de los siete mil chachapoyanos a manos de Quisquis y Chalco Chima. Algunos dicen que estas informaciones las obtuvo Atahualpa gracias a un informador secreto, Guamán. Así, Atahualpa frenó su ida al Cuzco y envió espías a los territorios Chachapoyas para comprobar si realmente estaban en armas contra él. Al parecer, según las declaraciones de los declarantes en la Audiencia

de Lima, si bien los Chachapoyas eran partidarios de Huáscar, tenían ya muy pocas ganas de seguir metiéndose en el conflicto para seguirle defendiendo. No obstante parece que había una verdad innegable, y es que estos tenían un gran arsenal de armas, bien escondido en sus casas, bien almacenados en algún lugar. Así, las referencias que le llegaron a Atahualpa es que los Chachas estaban listos para salir contra él. Por eso Atahualpa decidió enviar cincuenta orejones con el fin de pacificar la región, el pronunciamiento a favor de su causa, y la detención y traslado a Cajamarca de todos aquellos que se opusieran a sus intenciones respecto al incainato. Pero también los chachapoyas tenían espías que avisaron con prontitud a su gente.

El caudillo de la resistencia fue Guayna Chuillaxa II y bajo su mando miles de indios acudieron al margen oriental del Jatunmayo (río Marañón). Allí, a la altura del pueblo de Balsas, esperaron a los incas. Una vez que los incas pasaron el río, el primero en caer fue su capitán, a quien mataron allí mismo. Ante esto, muchos de los incas quisieron volver a la orilla occidental y bastantes de ellos murieron ahogados en el río. Los que sobrevivieron regresaron a dar parte a Atahualpa. Debía transcurrir el primer semestre de 1532.

Atahualpa decidió comandar él mismo las tropas con las que quiso castigar a los rebeldes. Guayna Chuillaxa II, enterado de este movimiento de tropas de Atahualpa, consideró que la derrota era segura, por lo que no hizo nada para presentar oposición en Balsas. Se escabulló y mandó un mensajero, Puichui, que esperaría a Atahualpa en Balsas con refrescos, agasajos y regalos para ofrecerle la paz. Atahualpa le preguntó sobre Guamán, el que presumiblemente había sido su espía y supo por boca de Puichui que se encontraba en Cochabamba. Atahualpa envió al mismo Puichui para que enviara un mensaje a Guamán para que viniera hasta Balsas donde él le esperaría.

Guamán no se hizo esperar y acudió con chicha, fruta y otros regalos al encuentro de Atahualpa. Este se encontraba en la orilla izquierda y Guamán en la derecha. A voces, Guamán mintió a Atahualpa diciéndole que él era hijo de Guayna Chuillaxa I. También mintió diciendo que Guayna Chuillaxa II le había enviado a él con regalos para pedir la paz. Atahualpa creyó que los chachapoyas le reconocían como Inca. Así pues, pensó que había conquistado la tierra Chachapoyas sin derramar ni una gota de sangre, sin batallas y sin siquiera poner un pie en ella. Pero algo debió pasar por la cabeza de Atahualpa que le hizo

desconfiar, porque mando apresar a Guamán para matarlo. Quizás pensaría que quien traicionaba a su propio pueblo y a Huáscar no era de fiar y podría terminar traicionándole a él también. Pero tanto lo aduló Guamán que al final le perdonó la vida y lo indultó. Le dio el título de curaca aunque no especificó sobre qué zonas, y lo envió a Cochabamba a reunir gente. Guamán titubeo con el pretexto de decir que así Guayna Chuillaxa II quedaba destituido, y forzó que formalmente lo declarara así Atahualpa: Guayna Chuillaxa II ya no era el curaca de Cochabamba.

Atahualpa cruzó el Jatunmayo y se dirigió a Cochabamba, la ciudad edificada por Túpac Yupanqui en 1475. Allí mandó apresar a muchos curacas importantes de los Chachapoyas acusándoles de la muerte de su espía y de los soldados que le habían acompañado. Pero Guamán intercedió por ellos y muchos salvaron la vida. Incluso Guayna Chuillaxa II se salvó. Guamán le sugirió a Atahualpa que no era conveniente mandar ejecutar a un curaca de tan recio abolengo, y este le terminó designando como curaca de una Huaranca de sus propios territorios, cargo que ocupó pues, por designación de Atahualpa, durante varios años. No obstante, Atahualpa lo desterró a vivir en Cajamarca, donde permanecería hasta la muerte del mismo Atahualpa. Después regresaría a Cochabamba donde siguió ejerciendo su mando hasta su muerte. Le sucedió su hijo Juan Chuillaxa.

Así la rebelión de Guayna Chuillaxa II fue la última de los Chachapoyas contra los incas. Fue la provincia y el grupo étnico que más veces se sublevó contra el Estado Imperial. Una vez pacificado el territorio, Atahualpa pensó que era conveniente designar a los hermanos Lucana Pachaca como curacas de Pausamarca. Estos eran chachapoyas fieles a Atahualpa desde hacía mucho y habían regido como curacas en Cajamarquilla. Ahora, no por derecho hereditario sino por designación de Atahualpa, regirían en Pausamarca.

Desde Cochabamba, Atahualpa decidió visitar el valle de Pupos. Para ello se encaminó hacia el norte y llegó hasta Leymebamba. Por entonces, el curaca de Leymebamba era Chuquimis Lonquín, quien salió a agasjarlo cuanto pudo. Pero Atahualpa lo mandó apresar enfadado porque no había manifestado con anticipación su adhesión. Así mismo, mandó encerrar a todos los curacas de huaranca y pachaca. Guamán le fue informando minuciosamente de cada uno de ellos, y así se enteró Atahualpa de que sólo cuatro de ellos

eran auténticos curacas según las leyes de la sucesión. Amenazó con matarlos a todos, pero no lo hizo. Sólo quería hacerse respetar y temer con su amenaza. Desde Leymebamba prosiguió su camino y llegó a hasta Levanto. Guamán y Chuquimis Lonquín le acompañaron en su viaje. Y Guamán iba convirtiéndose poco a poco en un hombre temible, porque de su voz salían los informes sobre cada uno de los curacas que definían sobre su futuro. Incluso en el curacazgo de Atun Pahua (actual Bagua), llegó a regir Guamán.

Atahualpa volvió de nuevo a Cajamarca y se llevó con él a todos los curacas de huaranca y pachanca de la zona. Fue precisamente en Cajamarca, donde Atahualpa señaló a Guamán como curaca de Cajamarquilla, Cunturmarca y Pampamarca. Pero, estas tres huarancunas tenían ya sus respectivos curacas. Cuando Guamán se dio cuenta de ello, decidió que su gobierno debía ocupar toda el área chacha desde Collay hasta Leymebamba y Cochabamba, incluyendo Pausamarca y los Huancas. Oras fuentes señalan que fue el mismo Atahualpa quien constituyó a Guamán en Jatuncuraca de toda la región de los chachapoyas. Así parece que Atahualpa reunificó las tierras de Chachapoyas, Paclas, Huancas y otras poniéndolas todas bajo la jefatura de Guamán. Pero para evitar futuras sorpresas, ordenó así mismo que este poder lo compartiera con Zuta, gran curaca de del pueblo de la Jalca. Como segunda persona de Guamán, colocó a Chuquimis Lonquín, y como segundo de Zuta uno de los hermanos Lucana Pachaca, que era curaca de Cajamarquilla.

Así pues, Atahualpa introdujo sobre el 1532 un nuevo sistema de gobierno en la región: un solo huno con dos curacas. Esta no fue una práctica habitual en el Tahuantinsuyo, y debió ocurrir porque la primera decisión del Inca fue la de instituir a Guamán como jatuncuraca siendo este nada más que un simple zaracamayoc y sin darse cuenta que desde un punto de vista de derechos de sucesión era mucho más importante Zuta que Guamán. Pero ya había nombrado a este, y como hábil medida política, puso también a Zuta en el mismo cargo, contentando así a todos.

A mediado de 1532, Atahualpa ordenó a Zuta y a Guamán que retornaran a Cochabamba. Y así mismo, ordenó que todo el territorio chachapoyas sacase a sus hijos adolescentes de allí para constituir una mitma y traerlos a Cajamarca. Desde allí serían deportados a las provincias de norte, posiblemente a la tierra de los Cañares, con el fin de repoblarlas. Guamán, más joven y firme que Zuta, se convirtió pronto en el más temido de

ambos, y respondió fielmente a la demanda del Inca. Tomó a todos los adolescentes, varones y mujeres, y los arrancó de sus hogares ante la impotencia de sus familias que tan solo alcanzaban a llorar ante tal decisión. Esto hizo que el corazón de los chachapoyas se ubicase frente al Inca como ante aquel que sólo quería su daño y su dolor.

Guamán emprendió su marcha hacia Cajamarca con todos los adolescentes. Cuando llegaron al río Jatunmayo (Marañón), estos recibieron la noticia de que unos huiracochas (gente blanca y barbada) habían llegado a Cajamarca y apresado a Atahualpa. Guamán se percató que el escenario estaba cambiando y antes de cruzar el río dispuso que todos los adolescentes volvieran a sus casas. Y mientras estos regresaban a sus hogares, él decidió proseguir su marcha hacia Cajamarca.

Mientras, Quisquis había llegado hasta el Cuzco y había asesinado todas las mitmacunas cañares y chachas por su apoyo a Huáscar. Todo estaba ya gestando el odio de los chachapoyas hacia los incas y su deseo de liberarse de ellos, lo que después sería fundamental a la hora de establecer su alianza con los españoles.

Guamán y Pizarro.

Cuando Guamán llegó a Cajamarca, en vez de llorar la desgracia de su beneficiario Atahualpa, se dispuso a agasajar grandemente a Pizarro. Le prometió obediencia, apoyo y auxilios para derrotar el imperio inca. Mandó emisarios a Chachapoyas a comunicar que Atahualpa había sido hecho prisionero y que ahora serían libres del inca. Así mismo mandó traer maíz blanco y otros muchos presentes con los que agasajar a los españoles. Pizarro se autopresentaba como el enviado a liberar de la tiranía a todos los indios de la región, y los chachapoyas tenían el corazón bien dispuesto para escuchar esa noticia.

Nos cuentan también las crónicas que el aspecto de estos indios chachapoyas era bastante singular: "*Son estos indios naturales de Chachapoyas los más blancos y agraciados de todos cuantos yo he visto en las Indias que he andado, y sus mujeres fueron tan hermosas que por sólo su gentileza muchas dellas merecieron serlo de los incas y ser llevadas a los templos del sol; y así, vemos hoy día que las indias que han quedado deste linaje son en extremo hermosas, porque son blancas y muchas muy dispuestas*" (Pedro Cieza. Crónica del Perú, LXXVIII). También nos cuentan que solían ir vestidos con trajes de lana

muy trabajados, con gran finura: "*Andan vestidas ellas y sus maridos con ropas de lana y por las cabezas usan ponerse sus llantos, que son señal que traen para ser conocidas en toda parte*" (Pedro Cieza. Crónica del Perú, LXXVIII).

Ante el cambio de postura de Guamán, Atahualpa, desde la prisión, envió orden de acabar con la sublevación chachapoyas. Despachó chasquis para que los principales curacas de la región trajesen presentes y vituallas a los españoles. Zuta, Chuquimis Lonquín y Lucana Pachaca vinieron hasta Cajamarca con otros curacas, hasta diez o doce según las fuentes. Los seguidores de Atahualpa, los metieron en un corral y los mataron aplastándolos con grandes piedras. Sólo consiguieron salvar la vida los citados más Guamán porque Pizarro se enteró de lo que estaba ocurriendo y los liberó. En un momento en el que estaban juntos Atahualpa y Pizarro, los cuatro acudieron a entrevistarse con ellos. Atahualpa volvió a cambiar su discurso con respecto a Guamán, y lo elogió ante Pizarro en detrimento de Zuta, Chuquimis Lonquín y Lucana Pacha. Tanto lo aduló que Pizarro empezó a mirar con mucho favor a Guamán considerándolo mucho más superior que Zuta. Guamán mandó traer muchos chachapoyas hasta Cajamarca para que avituallaran a los españoles durante los aproximadamente ocho meses que permanecieron en Cajamarca y Pizarro le encomendó el gobierno de todos los territorios chachapoyas. Su ambición había llegado a su culmen no contentándose con el gobierno de algunas partes del territorio, sino de todas.

Pizarro pensó que entonces era oportuno bautizar a Guamán, y él mismo fue el padrino de la ceremonia, tomando desde entonces el nombre de Francisco Pizarro Guamán. Hasta el día de su muerte fue fiel a los españoles y estos le concedieron ser curaca del huno de Cochabamba y Leymebamba, del huno de Cuntunmarca y Collay y de las provincias de los Paclas, Charrasmales, y Mitmas Huancas. En 1533 Pizarro lo volvería a confirmar en este cargo. Por entonces, Guamán era ya un hombre viejo, es decir, debía tener más de cincuenta años.

En relación a este tiempo es importante también tener en cuenta que cuando Atahualpa fue hecho prisionero y se determinó que había que llenar una sala con oro para su rescate, se enviaron chasquis a todos los puntos del imperio con el fin de recolectar oro suficiente. El mismo Atahualpa quiso enviar a Guamán a Quito para que trajese oro, pero este se excusó aduciendo a su edad. Atahualpa envió entonces a Chuquimis Lonquín a Quito,

lo cual llama la atención de que no fuese uno de sus subordinados orejones, sino un chachapoyas. También envió chasquis a los hermanos Lucana Pachaca para que recopilaran oro en sus curacazgos, y estos cumplieron la encomienda. Cuando se enteraron de la muerte de Atahualpa, reconsideraron su postura, pero llegaron a la conclusión de que el poderío de los españoles era tal que no podían pensar en otra cosa que no fuera servirles. Decidieron por tanto acudir a Cajamarca y rendir vasallaje a su nuevo señor. Aclamaron como monarca a Carlos I de España y V de Alemania y Fray Vicente de Valverde, procedió a bautizarlos con el padrinazgo, también en este caso, del mismísimo Pizarro. Desde entonces se llamaron Don Fernando y Don Alonso Pizarro de Lucana Pachaca.

La conquista del incario por Pizarro.

Una vez ya muerto Atahualpa, Pizarro entendió que debía dirigirse hacia el sur. Convocó a todos los jefes étnicos de la zona y les comunicó su intención de no abandonar ya jamás el Perú y que no consentiría ningún acto de rebeldía contra la corona de España. Despidió a los curacas chachas para que volvieran a sus tierras a gobernar en ellas, y así Zuta marchó a La Jalca y Chuquimis Lonquín a Llamachiban. Guamán permanecería en Cajamarca porque Pizarro necesitaba de su asistencia y auxilio.

Cuando Pizarro emprendió la marcha hacia el sur, Francisco Pizarro Guamán le acompañó en una caravana formada por muchos curacas de distintos pueblos. Guamán viajaba en litera y con todos los honores. Cuando llegaron a Chuquirrecuay (hoy Recuay a secas), Pizarro mandó a Guamán abandonar la comitiva y dirigirse de nuevo a Chachapoyas. Quizás fue, sencillamente, porque no hiciera falta en la expedición y era preferible mantenerle en la región para asegurar la fidelidad a los españoles.

Los hermanos Alonso y Fernando Lucana Pachaca continuaron con Pizarro hasta el Cuzco. Una vez tomada la capital, volvieron a sus hogares en Pausamarca. Volvieron al frente de sus tropas y con la encomienda de mantener sus territorios fieles a los españoles. Y esta fidelidad les llevó a sofocar una rebelión en el pueblo de Cumba que se quiso levantar contra la corona de Castilla. Fernando Pizarro Lucana Pachaca murió en esta contienda y según el expediente de ese curacazgo, falleció "en defensa de la fe católica y la Corona de Castilla", confiriéndosele el título póstumo de "Gran Capitán".

Durante los años de 1533 a 1536, Guamán no acudió con tropas ninguna vez en ayuda de los españoles, porque estos no requirieron de él. Sí envió numerosos recursos y ayudas de toda clase.

Alonso de Alvarado en Chachapoyas.

En 1536 Alvarado realizó su primer ingreso en tierras de Chachapoyas. Francisco Pizarro Guamán salió a recibirlo y lo agasajó. Alvarado entró en estas tierras acompañado tan sólo por cuatro hombres a caballo y tres a pie. Guamán convocó a todos los curacas de la región y a todos los indios de sus tierras a Cochabamba donde de nuevo prestó juramento a la corona de España. Cuando llegaron los indios, Alvarado ordenó que se despojasen de todos sus adornos de oro y plata y se recogieron tres cajones: uno de oro y dos de plata. También dispuso que Guamán, Chuipiundu y Zuta quedasen allí bajo custodia de dos soldados españoles, Alonso de Chávez y un tal Prado. Quedaron con el encargo de seguir recogiendo todo el oro y plata de los chachas.

Una visión más parcial y benevolente con Alvarado es la que presenta Pedro Cieza: *"Había salido de Trujillo Alonso de Alvarado acompañado de Alonso de Chávez, Francisco de Fuentes, Juan Sánchez, Agustín Díaz, Juan Pérez Casas, Diego Díaz y otros, que por todos eran trece, camino de los Chachapoyas. Llegaron a Cochabamba, donde fueron bien recibidos de los naturales, porque de toda la comarca vinieron por los ver. Alvarado no consintió hacerles ningún daño ni enojo, habló a los caciques y señores: su venida será tener noticia de ellos de lo de adelante y a les hacer saber como volvería brevemente con muchos cristianos, y les daría a todos noticia de nuestra sagrada religión, porque para se salvar no había de adorar en el sol ni en estatuas de piedra, sino en Dios todopoderoso, criador universal de cielo, tierra y mar, con todo lo demás. Espantáronse los indios con oír estas cosas. Oíanlas de gana; dijeron que se holgarían de ser cristianos y recibir agua de bautismo. Juntáronse ellos y sus mujeres en la plaza, hicieron un baile concertado a su usanza: venían enjaezados con piezas de oro y plata, de todo hicieron un montón y lo dieron a Alvarado; el cual como en ellos vio tan buena voluntad, habló a los españoles que con él habían ido para poblar y repartir. Holgaron de ello, y él, después de haber hablado largo con los señores y tomado de ellos noticia de la tierra de adelante, y esforzándolos en el amistad de los españoles, volvió a Trujillo, de donde no paró hasta la mar a informar al gobernador de lo que pasaba; el cual fue contento que pudiese poblar en aquella comarca*

una ciudad de cristianos, habiendo por bien que se quedase con el oro y plata que le habían dado para ayuda de la jornada.

Este Alonso de Alvarado es natural de Burgos, de gentil presencia y de gran autoridad y que ha sido muy señalado en este reino porque se ha hallado en todos los negocios importantes, siempre en servicio del emperador, y en tiempo andando, concluida la guerra de Chupas, le hizo merced de título de mariscal y de un hábito de Santiago, según que la historia lo dirá. El cual, como tuviese grandes esperanzas de hacer buena hacienda en la provincia de los Chachapoyas, se despidió de Pizarro y volvió a Trujillo donde procuró hacer gentes y caballos para volver a ella" (Pedro Cieza. Descubrimiento y Conquista del Perú. LXXXVIII).

Mientras tanto, Alonso de Alvarado se dirigió hacia la llacta de Levanto. A los treinta días volvió a Cochabamba y encontró una gran recolección de oro y de plata. Ordenó entonces a Guamán que mantuviera siempre actualizadas, mediante quipus, las estadísticas de moradores, pobladores y sus bienes. Recogió el tesoro presentado y marchó a Trujillo.

En 1537 volvió Alvarado a la región, pero ahora con un mayor número de soldados. Llegó a Cochabamba donde se vio con Guamán que desde ese momento le acompañó en sus expediciones. Alvarado se dirigió entonces a La Jalca en un cortejo que contenía cuatro mil chachapoyas, auxiliares y aliados. Llegados a La Jalca, Alvarado ordenó a Guamán el reparto de tierras en forma de encomiendas. Sintiendo halagado por la encomienda, el reparto de Guamán fue minucioso y exhaustivo. Cada uno de los soldados españoles que acompañaban a Alvarado quedó designado como encomendero de las parcelas y gentes que designó Guamán. A cambio los soldados debían señalar "doctrineros" para llevar a cabo la evangelización de la población que cada uno de ellos tendría a su servicio. Alonso de Alvarado tomó para sí las encomiendas de Kuélap, Cochabamba, Leymebamba, Pausamarca y Los Chilchos, con excepción de La Jalca, Zuta, Puyundo y Anaqueniche. Como premio, dispuso que Guamán gobernara sobre todas sus encomiendas. Y así vivió Guamán hasta 1551, año en que murió.

De esta forma, desde 1538 todo el territorio quedó dividido en encomiendas al frente de cada cual se colocó también un curaca para su gobierno, el cual se entendía directamente con el encomendero.

Alvarado partió hacia la zona de Levanto, donde se asentó. Y sucedió que los indios de un poco más lejos se alzaron contra aquellos que habían consentido en aliarse con Alvarado. El mariscal mandó veinte soldados cristianos contra unos enemigos que se jactaban de feroces en Charramascel, y consiguieron ponerlos en fuga, ganando más adeptos para la confederación con los españoles. Quizás las cosas no fueran tan sencillas y a Pedro Cieza le pierda un poco la épica con que narra ese avatar. Pero ciertamente el resultado fue que se instaló en la zona poniéndola toda ella bajo la corona del rey Carlos (Pedro Cieza, Descubrimiento y conquista del Perú. LXXXIX). Tras varias batallas entre las que destaca el enfrentamiento con el ejército de Guayamil, llegó Alvarado hasta la zona de Bagua que supuso el final de su camino hacia el noreste (Pedro Cieza. Descubrimiento y conquista del Perú XCIII; El Señorío de los Incas, XXII).

Cuando Alvarado estaba en esta segunda expedición, le llegaron las noticias de la guerra que se había desatado entre Almagro el Viejo y Hernando Pizarro. Así pues, decidió dejar el territorio Chachapoyas y viajar al Cuzco para prestar ayuda a la familia Pizarro. Guamán quedó encargado de gobernar y mantener el territorio fiel a los españoles y designó un escuadrón de auxiliares chachas para que acompañaran a Alvarado.

La rebelión de Manco Inca.

Mientras Alvarado andaba por tierras del Cuzco y Lima apoyando a Pizarro, Manco Inca se levantó contra la ocupación española. Los Chachapoyas se dividieron en dos bandos. La mayoría, encabezados por Guamán, siguieron fieles a los españoles, pero un grupo, capitaneado por Guayamulos, se puso de parte de los orejones. La zona de Leymebamba y Cajamarquilla permaneció fiel a Guamán, y el resto se unieron a Capo Tópac, capitán enviado por Manco Inca. La guerra que se desencadenó entre uno y otro bando debió ser cruenta. Guamán mandó chasquis a Trujillo para pedir a los españoles el envío de caballos y soldados españoles. Garcí Holguín, teniente del Gobernador de Trujillo respondió a la llamada enviando un solo soldado a caballo para que comandara a los chachas fieles a Guamán. Este soldado, cuando llegó a Cochabamba puso en orden de batalla a mil quinientos chachapoyas contra Cayo Tópac. Y este, al saber que al frente venía un soldado español, decidió no presentar batalla y emprendió la huida hacia el Cuzco. Pero los hispanistas consiguieron entrar en la ciudad de Cajamarquilla, donde se había protegido Cayo Tópac y le apresaron junto con otros sesenta indios incaïnistas. Llevaron a los prisioneros a Cochabamba donde

Guamán les dirigió un discurso que según las crónicas decía: *Los barbudos no han de volver a Castilla, sino que siempre han de estar aquí. Y habemos todos de ser cristianos e hijos de Dios. A vosotros os han engañado. Yo siempre os he dicho así, y vosotros no lo quisisteis creer; y por esta causa habéis de morir*". Guamán sentenció a muerte a los incainistas con Cayo Tópac a la cabeza. Después mandó chasquis a Lima para informar a su padrino de lo acontecido y de cómo se habían vuelto a pacificar la tierra de los Chachapoyas. Pizarro le volvió a designar como gran curaca de todos los territorio chachapoyas.

Poco después, Alonso de Alvarado regresó a Chachapoyas con doscientos cincuenta hombres. Quiso fundar una ciudad en La Jalca, pero cambió de parecer y se trasladó a la tierra de las Mitmas Huancas, donde fundó la Ciudad de San Juan de la Frontera de los Chachapoyas (5 de Septiembre de 1538). *"En los pueblos desta provincia de los chachapoyas entró el mariscal Alonso de Albarado siendo capitán del marqués don Francisco Pizarro. El cual después que hubo conquistado la provincia y puestos los indios naturales debajo del servicio de su majestad pobló y fundó la ciudad de la Frontera en un sitio llamado Levanto, lugar fuerte y que con los picos y azadones se allanó para hacer la población, aunque dende a pocos días se pasó a otra provincia que llaman los Guancas, comarca que se tiene por sana. Los indios chachapoyas y estos guancas sirven a los vecinos desta ciudad que sobre ellos tienen encomienda, y lo mismo hace la provincia de Cascayunga y otros pueblos que dejo de nombrar por ir poco en ello. En todas estas provincias hubo grandes aposentos y depósitos de los ingas. Y los pueblos son muy sanos, y en algunos dellos hay ricas minas de oro. Andan los naturales todos vestidos, y sus mujeres lo mismo. Antiguamente tuvieron templos y sacrificaban a los que tenían por dioses, y poseyeron gran número de ganado de ovejas. Hacían rica y preciada ropa para los ingas; y hoy día la hacen muy prima, y tapicería tan fina y vistosa que es de tener en mucho por su primor. En muchas partes de las provincias dichas, sujetas a esta ciudad, hay arboledas y cantidad de frutas semejantes a las que ya se han contado otras veces, y la tierra es fértil, y el trigo y cebada se da bien, y lo mismo hacen parras de uvas y higueras y otros árboles de fruta que de España han plantado"* (Pedro Cieza. Crónica del Perú, LXXVIII). *"Pobló y fundó la ciudad de la Frontera de los Chachapoyas el capitán Alonso de Albarado en nombre su majestad, siendo su gobernador del Perú el adelantado don Francisco Pizarro, año de nuestra reparación de 1536 años"* (Pedro Cieza. Crónica del Perú, LXXVIII).

Los españoles en el Perú: notas generales.

El Rey de España, Carlos I, estableció las gobernaciones como sistema de gobierno para las colonias, entregándolas a los propios conquistadores. Así los principales líderes de la conquista recibieron del Rey: La Gobernación de Nueva Castilla; la cual se ubicó en el Perú y fue concedida a Francisco Pizarro por la Capitulación de Toledo 1529 y La Gobernación de Nueva Toledo; se ubicó en Chile y fue concedida a Diego de Almagro por Ordenanza Real en 1534, luego que éste reclamó por los escasos beneficios obtenidos en la Capitulación de Toledo. Sin embargo el Rey no había definido a quien correspondería el Cuzco, pues esta ciudad se ubicaba justo en el límite de ambas gobernaciones. Esta fue la causa fundamental de la guerra, cuyo antecedente remoto lo encontramos en el resentimiento de Almagro hacia Pizarro generado después de la inequidad en el reparto de honores y metales que tuvo lugar con la Capitulación de Toledo (1529).

Almagro luego de haber realizado una expedición hacia su gobernación en 1535 se percató que el territorio era muy escaso en riquezas y que la población indígena, liderada por caciques como Lautaro o Colo Colo, era extremadamente belicosa frente a la presencia de los europeos. Ante una situación adversa, el viejo manchego sintió que nuevamente había sido objeto de un engaño por Pizarro; es así, que tras el fracaso de Chile, Almagro intentó resarcirse capturando el Cuzco. Las fuerzas pizarristas ubicadas en el sur andino, dirigidas por Alonso de Alvarado, intentaron reaccionar a la agresión almagrista, pero terminaron siendo derrotados en la Batalla de Abancay (12 de Julio de 1537) por el almagrista Rodrigo de Ordoñez. Francisco Pizarro que se encontraba en Lima, al enterarse de lo que sucedía en el sur de su gobernación decidió buscar una solución pacífica al conflicto. Así se van a producir las conversaciones de Mala y Lunahuana entre Francisco Pizarro y Diego de Almagro. Los dos más importantes líderes de la invasión española acordaron designar al abogado Francisco de Bobadilla como árbitro para que decidiera sobre la suerte del Cuzco. El fallo de Bobadilla resultó favorecer a los Pizarro, fue entonces que Francisco, en muestra de buena voluntad, decidió que Almagro mantuviese el Cuzco hasta que el Rey decidiese lo definitivo. Mientras esto sucedía, Hernando Pizarro lograba escapar de su prisión en el Cuzco y agrupó a las fuerzas pizarristas en el sur andino para enfrentarse a las fuerzas de Diego de Almagro. Los pizarristas derrotaron al almagrista Rodrigo de Ordoñez en la Batalla de Huaytará y luego de algunos días nuevamente vencen a las fuerzas almagristas en la Batalla de las Salinas (6 de abril de 1538); luego de la batalla Almagro fue

apresado por Hernando Pizarro y llevado al Cuzco en donde fue sometido a juicio sumario y condenado a muerte, sentencia que se cumplió el día 8 de julio de 1538. Luego de la ejecución, el cuerpo de Almagro fue sepultado en la iglesia La Merced del Cuzco.

Dos años antes, al estallar la rebelión de Manco Inca en 1536, es importante recordar a Gonzalo Pizarro, hermano de Francisco Pizarro, y que fue del grupo de españoles que fueron rodeados en el Cuzco por miles de guerreros incas. Bajo las órdenes de Hernando Pizarro y comandando uno de los cuerpos de caballería, Gonzalo destacó notablemente en la defensa de la ciudad. Con la ayuda de miles de auxiliares cañaris y chachapoyas, los españoles rompieron el cerco y asaltaron la fortaleza de Sacsayhuamán (16 de mayo de 1536), en el transcurso de la cual fue herido mortalmente Juan Pizarro.

No bien fue contenido Manco Inca, cuando de inmediato surgió la guerra civil entre los conquistadores. Tras volver de su fracasada expedición a Chile, Diego de Almagro ocupó el Cuzco en 1537 y apresó a Hernando y Gonzalo Pizarro. Poco después Hernando fue liberado y Gonzalo fugó de la prisión y ambos reorganizaron las tropas pizarristas y enfrentaron a los almagristas. El encuentro final se produjo en la batalla de las Salinas, cerca del Cuzco (6 de abril de 1538) donde Gonzalo comandó la infantería pizarrista, teniendo una destacada actuación. Los almagristas fueron derrotados y Diego de Almagro apresado y ejecutado.

Enseguida, Gonzalo acompañó a Hernando a la conquista del Collao y Charcas (actual Bolivia). Aliados a los collas, enfrentaron a los lupacas en memorables batallas, como las que se dieron en el Desaguadero y en Cochabamba. Pacificada la región, los españoles fundaron La Plata (hoy Sucre) y comenzaron a explotar las ricas minas de plata de aquella zona. Gonzalo se hizo de la valiosa encomienda de Chaqui.

En noviembre de 1539, Francisco Pizarro nombró a Gonzalo Gobernador de Quito (actual Ecuador) y lo facultó para emprender el descubrimiento del *País de la Canela* y *El Dorado*.

Gonzalo Pizarro salió entonces de Chaqui, pasó al Cuzco y reunió 170 soldados, 3000 indios y muchos camélidos de carga. Tomó el camino de la sierra que conducía hacia el norte y al llegar a Quito fue recibido como gobernador en el cabildo de dicha ciudad. Allí se

determinó a marchar al *País de la Canela*, que los relatos situaban hacia el oeste, en territorio selvático. Partió en la Navidad de 1540.

En el pueblo de Motín lo alcanzó su pariente lejano y lugarteniente Francisco de Orellana, fundador de Guayaquil, quien trajo consigo a 23 soldados. La expedición ya estaba formada. Pasaron por Quixos, último lugar conquistado por los incas; en Zumaco acamparon en las faldas del volcán Guacamayo. Días después ocurrió un hallazgo decepcionante: encontraron arbolillos de canela. Les pareció muy poca cosa. Para colmo, comenzaron a sufrir todo tipo de penalidades y sufrimientos, atacados por los insectos y reptiles, padecieron enfermedades por el clima tan insalubre y, lo más grave, el hambre.

Gonzalo Pizarro dejó a Orellana con la retaguardia y avanzó con la vanguardia hasta el Coca, al que llamó río de Santa Ana. Allí hizo amistad con el cacique y dispuso que se le unieran Orellana y el resto de la tropa. Junto al río se construyó un bergantín. Se quería ir río abajo en busca de comida, pues el hambre afligía a todos y la gente amenazaba con amotinarse. Orellana pidió a Gonzalo Pizarro que le confiara el bergantín tres o cuatro días para traer comida. Gonzalo aceptó y Orellana partió el 26 de diciembre de 1541.

Orellana y sus hombres descendieron el río Coca, entraron en el río Napo y continuando el curso, el día 12 de febrero de 1542, descubrieron el famoso Río Grande que después llamarían de las Amazonas. Ya sin intención de volver donde Gonzalo, Orellana descendió el curso completo del río, hasta su desembocadura en el Atlántico.

Gonzalo Pizarro, mientras tanto, pasando mil penurias, regresó a Quito tras dos años de haber partido, con apenas decenas de famélicos y desnudos españoles, únicos sobrevivientes de la malhadada expedición. Se quejó indignado de la "traición" de Orellana y lo acusó de haberlo abandonado en la selva inhóspita.

Al morir Diego de Almagro dejó como único heredero a su hijo mestizo llamado Diego de Almagro, conocido como "el mozo", a quien los pizarristas no quisieron reconocerle sus derechos de herencia. Ante esto, los almagristas decidieron vengar la muerte de Diego de Almagro "el viejo" y de luchar por los derechos del joven Almagro. El 26 de junio de 1541 un grupo de almagristas al mando de Juan de Rada ingresaron a Palacio de gobierno y asesinaron a Francisco Pizarro. Una mortal estocada del almagrista Narváez, le atravesó la garganta para luego destrozarle el cráneo con un pesado jarrón. Sus restos fueron

recogidos por su fiel criado Juan de Barbarán y enterrados en el huerto de los naranjos, a un costadote la catedral. Luego de la muerte de Francisco Pizarro los almagristas proclamaron a Diego de Almagro "el mozo" como nuevo gobernador de Nueva Castilla.

En Quito, Gonzalo Pizarro se enteró del asesinato de su hermano, el gobernador Francisco Pizarro y de la rebelión de los almagristas encabezados por Diego de Almagro el Mozo. Gonzalo ofreció entonces su apoyo al representante de la corona, el gobernador Cristóbal Vaca de Castro, quien al frente de un poderoso ejército de leales al Rey se dirigía contra los almagristas. Vaca agradeció su gesto, pero cauteloso, no aceptó su ofrecimiento y le rogó que permaneciera en Quito hasta que la situación se normalizara.

Tras la derrota de los almagristas en la batalla de Chupas (16 de septiembre de 1542), Gonzalo regresó al Cuzco y se entrevistó con Vaca de Castro, a quien le reiteró su lealtad. Siguió luego a Charcas y se retiró a su encomienda de Chaqui, donde se dedicó a la búsqueda de minas de oro y plata. Pensaba sin duda terminar así sus días, disfrutando de los réditos de su encomienda, pero una nueva conmoción le trajo de nuevo a la escena política.

En 1542 la Corona española promulgó las Leyes Nuevas, ideadas por Bartolomé de las Casas en un esfuerzo por proteger a los indígenas; dichas leyes establecían la supresión de las encomiendas y de todo trabajo forzado de los indios. Se creó también el Virreinato del Perú y la Real Audiencia de Lima. Fue elegido como primer virrey del Perú Blasco Núñez Vela y como personal de la Audiencia limeña 4 oidores: Diego Vásquez de Cepeda, Juan Álvarez, Pedro Ortiz de Zárate y Juan Lissón de Tejada.

Cuando el Virrey Núñez Vela llegó al Perú aplicó enérgicamente el cumplimiento de las Nuevas Leyes. Los encomenderos protestaron indignados y organizaron una rebelión, eligiendo como líder a Gonzalo Pizarro, por entonces rico encomendero en Charcas.

Gonzalo marchó al Cuzco, donde fue magníficamente recibido y proclamado Procurador General del Perú para protestar las Leyes Nuevas ante el Virrey y si fuese necesario, ante el propio Emperador Carlos V (abril de 1544).

En Lima, el virrey Núñez Vela se hizo odioso por sus arbitrariedades, llegando al extremo de asesinar con sus propias manos a un prominente vecino de la ciudad, el factor

Illán Suárez de Carbajal. Los oidores de la Audiencia, en su afán de ganar popularidad, se inclinaron a defender los derechos de los encomenderos: tomaron prisionero al Virrey (18 de septiembre de 1544) y lo embarcaron, de vuelta a España.

Gonzalo Pizarro entró triunfalmente en Lima el 28 de octubre de 1544, al frente de 1200 soldados. Los oidores, entre jubilosos y temerosos, lo recibieron por Gobernador del Perú. Gonzalo respondió nombrando sus tenientes de gobernador: Alonso de Toro en el Cuzco; Francisco de Almendras en Charcas; Pedro de Fuentes en Arequipa; Hernando de Alvarado en Trujillo; Jerónimo de Villegas en Piura, y Gonzalo Díaz de Pineda en Quito. La rebelión contra la Corona española ya era un hecho y no faltó quienes trataron de convencerle para independizarse y proclamarse Rey del Perú, consejo que Gonzalo desechó, pues esperaba el reconocimiento del Rey de España como Gobernador en virtud de ser hermano de Francisco Pizarro.

Gonzalo Pizarro gozó del apoyo popular, sus hombres lo llamaban el *Gran Gonzalo* y a su alzamiento, la "Gran Rebelión". Mientras tanto, el Virrey logró escapar y desembarcar en Tumbes, dirigiéndose a Quito, donde formó un nuevo ejército y se dirigió hacia el sur; ocupó San Miguel de Piura y llegó hasta Motupe, pero al dudar del poderío de sus fuerzas, decidió evitar el encuentro con los gonzalistas y volvió a marchas forzadas a Quito.

Por su parte, Gonzalo salió de Lima y marchó hacia Trujillo, en busca de las fuerzas del Virrey, pero éstas ya habían emprendido la retirada. Entonces continuó hacia Quito donde se enteró que el Virrey había avanzado más al norte, hasta Popayán. Al fin, luego de una serie de movimientos, ambas fuerzas se encontraron en las cercanías de Quito. Se trabó la Batalla de Iñaquito, el 18 de enero de 1546, que fue muy sangrienta y culminó con la derrota del Virrey, quien fue hecho prisionero y decapitado en pleno campo de batalla.

Mientras tanto, en el sur del Virreinato del Perú, el capitán Diego Centeno, leal a la Corona española, al enterarse de la muerte del Virrey se levantó en armas contra Gonzalo en La Plata, y reagrupó fuerzas, en su intento de restablecer la autoridad real. Pero Francisco de Carvajal, el lugarteniente de Pizarro, lo puso en fuga, sin llegar a trabar batalla. Centeno se rehízo pronto y formó un poderoso ejército de 1000 soldados, por lo que Gonzalo Pizarro tuvo que salir de Lima para ir personalmente a combatirlo, pasando por Arequipa y llegando al altiplano. Ambos ejércitos se enfrentaron en la Batalla de Huarina, cerca del lago Titicaca, el 20 de octubre de 1547, en la cual fue derrotado Diego Centeno.

Fue una gran victoria de los gonzalistas, numéricamente inferiores (solo sumaban 400 soldados), triunfo en gran parte debido a la arcabucería implementada y dirigida por Carvajal.

Gonzalo Pizarro se convirtió en líder absoluto del Perú. Sin embargo, su poder se desvaneció cuando el nuevo representante de la corona, el sacerdote Pedro de La Gasca, nombrado Presidente de la Real Audiencia de Lima y con el título de Pacificador, llegó a Panamá, ofreció el perdón a los sublevados y derogó las Leyes Nuevas. Las fuerzas de Gonzalo Pizarro empezaron a desertar y sumarse a La Gasca, comenzando por la Armada, que estaba al mando del almirante Pedro de Hinojosa.

Con dicha armada y muchos hombres La Gasca enrumbo al Perú. Desembarcó en Tumbes, luego siguió hacia el sur, pasando por Trujillo, Huaylas y Jauja, donde se enteró de la derrota de Huarina. Siguió a Huamanga y Andahuaylas, y se aproximó al Cuzco. Tenía ya un numeroso ejército de 700 arcabuceros, 500 piqueros y 400 jinetes. Mientras que Gonzalo reunió en el Cuzco un ejército de 900 soldados y esperó a su adversario. Ambos ejércitos se enfrentaron en la batalla de Jaquijahuana, en la pampa de Anta o Sacsahuana, el 9 de abril de 1548. En realidad no hubo batalla sino el desbande de las fuerzas gonzalistas que se pasaron al ejército de La Gasca. La desertión la iniciaron el oidor Cepeda y el capitán Sebastián Garcilaso de la Vega. Gonzalo Pizarro fue preso igual que su lugarteniente Francisco de Carvajal, junto con los demás capitanes rebeldes. Todos fueron decapitados al siguiente amanecer, a excepción de Carvajal, que por ser plebeyo fue ahorcado. Las cabezas de Gonzalo y Carvajal fueron enviadas a Lima y expuestas perpetuamente en la Plaza Principal, dentro de unas jaulas de hierro.

El cadáver descabezado de Gonzalo fue llevado al Cuzco y enterrado de limosna bajo el altar mayor de la iglesia de La Merced, donde ya estaban los cadáveres de Almagro El Viejo y Almagro El Mozo.

Chachapoyas en tiempos de La Gasca.

Cuando La Gasca arribó al Perú para sofocar la rebelión de Gonzalo Pizarro, la provincia de Chachapoyas estaba gobernada por el capitán Gómez de Alvarado. Este reunió

un ejército de quinientos hombres fieles a la corona y los reunió en la llacta de Cochabamba. Los chachapoyas les proporcionaron ganados, víveres y auxiliares para transportar las carga. Los curacas enviados por Alvarado y Guamán para la recolección de estas ayudas, se dedicaron por demás al saqueo, y así los ayllus de los chachapoyas quedaron desvalijados. Los quinientos españoles más los auxiliares chachas salieron en pos de La Gasca.

La muerte de Francisco Pizarro Guamán y su descendencia.

A pesar de haberse bautizado, Guamán no se casó eclesiásticamente y siguió la costumbre andina de la poligamia. Llegó a tener siete esposas. Cuatro de ellas pertenecían a la etnia chachapoyas y tres fueron un regalo de Atahualpa, y eran de etnia pallas. Con sus cuatro primeras mujeres tuvo descendencia, no así con las tres últimas. De su segunda mujer, del mismo ayllu que él, engendró a su segundo hijo, Francisco Guamán, que fue al que más quiso. Se dice que siempre lo traía en sus brazos y que siempre andaba acompañado de su madre, que era su mujer principal. No sabemos cómo se llamaba esta mujer, pero sabemos que era hija de un curaca principal de Cochabamba. Cuando Guamán se bautizó, "Francisquillo" debía ser ya un adolescente.. Sus siguientes hijos, Juan y Hernando Guamán, nacieron después de su bautismo. En general tuvo los siguientes hijos: Upaín Guamán I, Francisco Guamán, Hernando Guamán, Juan Guamán, Hernando Guamán, Chaqui Guamán, Chulla Guamán, Taute Guamán, Maico Guamán y Opaín Guamán II. Y de todos sus hijos Francisco Pizarro Guamán no tuvo la satisfacción de que ninguno de ellos heredara su curacazgo. Todos eran lo suficientemente pequeños todavía a su muerte (1551) como para no poder ser elevados a esa categoría de gobierno. Por eso tuvo que optar por otro cargo para la sucesión. En vez de curaca, nombró gobernador a Alonso Quinyopa hasta que su hijo Francisco Guamán alcanzara la mayoría de edad.

Alonso Quinyopa gobernó hasta 1558, pero no cedió el gobierno a Francisco Guamán, sino que a su muerte nombró como sucesor a Diego Chuilila, quizás porque se había formado una camarilla alrededor del encomendero Juan Pérez de Guevara para descartar al legítimo heredero y poder jugar con personajes adúladores a su antojo.

Cuando murió Diego Chuilila, Juan Pérez de Guevara tampoco respetó su sucesión, y nombró gobernado a Diego Ampuite, aunque en un año y medio lo destituyó alegando que no tenía dotes de mando. En su lugar nombró a Juan Xauloch. Los abusos de Juan Xauloch llevaron a muchos curacas a animar a Gómez Tomallaxa, descendiente de Apo Tomallaxa, que acudiera a Lima y presentase una demanda ante la Real Audiencia y esta le restituyó en el cargo de manera que gobernó hasta 1577. Pero después de muchos pleitos y juicios, el pronunciamiento final declaró de nuevo a Francisco Guamán como el auténtico curaca de toda la región, y su linaje perduraría hasta el año 1825.

¿Estará Kuélap vinculado al final conflictivo de los Chachapoyas?

La situación de conflicto que llevó hasta la Real Audiencia de Lima la pugna por el derecho al gobierno de los antiguos curacazgos, podría ser muy bien el elemento contextual que nos dicte el final de Kuélap.

Alfredo Narváez y Marla Toyne han estudiado con detenimiento lo que parece que fuera el final de Kuélap. Entre 2007 y 2008 se produjo el hallazgo de unos cien cuerpos en una posición que nada tenía que ver con la disposición habitual de los enterramientos chachapoyas. Los cuerpos estaban ubicados de manera primaria, es decir, tal y como habían caído al suelo, sin ningún rasgo de haber sido tratados de ninguna forma.

Se inició entonces una investigación para determinar la causa y el momento de la muerte. Cabía hacerse la pregunta, primeramente, de si la muerte de estos habitantes de la ciudad, que marcan claramente el final de la misma, pudo ser fruto de la conquista inca. Como hemos venido describiendo, la oposición que encontraron los incas tanto en tiempos de Túpac Yupanqui, como de Huayno Cápac, como durante la guerra civil entre Atahualpa y Huáscar bien podía haber producido un ataque a gran escala contra la ciudad de Kuélap. Sabemos que cuando Túpac Yupanqui estuvo en Levanto y quiso casarse con Corihuita, su amante capitán Huamán pretendió refugiarse en Kuélap para impedir esa boda. Luego según las historias que se cuentan de aquello, ya sean fabuladas o no, Kuélap estaba en pie en ese momento. No obstante bien podría haberse producido algún ataque inca posterior.

Pero las excavaciones de Narváez aportaron un descubrimiento que retardaba el momento último de Kuélap: la aparición de un trozo de porcelana ubicaba el uso de Kuélap en tiempo de la colonia hispana. La porcelana fue introducida por los españoles y no hay ninguna constancia de una presencia de este tipo de alfarería que sea anterior a su llegada. Si Francisco Pizarro conquistó la tierra de los chachapoyas en 1532, justo después de la neutralización de los incas en la región como consecuencia del apresamiento y muerte de Atahualpa, el suceso debió ocurrir después de esa fecha. Esto nos sitúa necesariamente en la época colonial.

Durante la época de Francisco Pizarro Guamán como Jatuncuraca de toda esa zona, la única rebelión que se produjo fue la de Manco Inca y a su capitán Capo Tópac, que no llegó a presentar batalla. No tiene sentido pensar entonces en una gran batalla en Kuélap en tiempo de Francisco Pizarro Guamán. Eso nos indica que por lo menos hasta el 1551, año de su muerte, Kuélap seguía manteniéndose en pie.

Por otra parte, los análisis forenses de los huesos encontrados analizados por Marla Toyne, indica que las armas utilizadas fueron macanas de estrella en la mayor parte de los casos. Según Garcilaso de la Vega, los chachapoyas se caracterizaban porque iban tocados en la cabeza por una honda y que esta era su arma habitual. Sin embargo sabemos también que el uso de la macana de estrella fue probablemente introducido por los incas en la región, por lo que es plausible que los mismos indios de la zona fuesen los responsables de la última matanza en Kuélap.

Quizás todas las pugnas señaladas entre los distintos aspirantes a curacas que hemos descrito antes, prodigaran un ambiente propicio para que se diera un asalto definitivo a esta importante ciudadela acabando con todos sus moradores. Podríamos estar hablando, pues, de la segunda mitad del siglo XVI, o principios del XVII.

Cuadro resumen de los principales curacas chachapoyas.

Túpac Yupanqui		
Huno de Leymebamba y Cochabamba	Apo Chuillaxa	
Huno de Cuntunmarca y Collay	Chuquiapiundo	
Huayno Cápac		
Huno de Leymebamba	Apo Chuillaxa	
	Guayna Chuillaxa I	Se rebeló contra Huayno Cápac y fue destituido
	Apo Chuquimís	Asesinó a Huayno Cápac
Colla Tópac		
Huno de Leymebamba	Tomallaxa	Disolución de los hunos y vuelta a un régimen de ayllus con curacas de ayllu, pachaca y huaranca
Huáscar		
Huno de Leymebamba	Puilluana	
Atahualpa		
Cochabamba	Guamán	
Pausamarca	Hermanos Lucana Pachaca	
Leymebamba	Chuquimís Lonquín	
		Reorganización de los territorios: uno solo huno con dos curacas
	Guamán y Zuta	
Francisco Pizarro		
	Francisco Pizarro Guamán	